

ni que se encuentre fuera del individuo mismo. Son los que obedecieron a simples impulsos, sin importárseles las causas legítimas de la guerra, el patriotismo abstracto o el deber del individuo para con el Estado. Alistáronse porque tal era su deseo.

El primero de estos impulsos es el de pelear, por el puro amor de pelear. Todavía existen hombres que han nacido pendencieros, dotados del mismo temperamento que el padre de aquella chiquilla que se acercó corriendo a una multitud reunida en una calle, preguntando anhelosa: «¿Es que van a pelear? Porque si es así, mi papá, de seguro, querrá meterse en el pleito.» Ya cercano el fin de la guerra, todavía encontrábase uno ocasionalmente con un sujeto, por lo común joven, que, a pesar de todos los padecimientos sufridos, y quizás a pesar de un par de heridas, experimentaba verdadero placer en los combates.

Luégo tenemos el elemento romántico, en el cual incluimos el amor por las aventuras (distinto de la pura afición a pelear); el deseo de alejarse de un lugar aburrido; de viajar por tie-

rras extra  
de llevar  
son de la  
esta clase  
sino como  
per las ca  
vida const  
rra signifi  
un cambio

A otro  
migo, que  
antipatía  
hacer con  
Este odio  
guirlo del  
brevino lu  
lato de la  
el enemig  
tan ciego  
en las rey

Por úl  
poner a t  
jo la influ  
masas, po  
de las m  
ron a un  
mundo se  
llevar de

Veamo